EL APOCALIPSIS DE LOS MUERTOS

Joe McKinney

DOLMEN
EDITORIAL

Apocalips de los muertos_limpiar 5 23/09/11 12:22

RECONOCIMIENTOS

Antes de emprender juntos el largo paseo que os propongo por este erial, quiero tomarme el tiempo de dar las gracias a unas cuantas personas que, en realidad, se merecen mucho más que la mera mención que de ellas voy a hacer ahora. Ningún libro puede considerarse un viaje en solitario, y el mío no ha sido la excepción. Todos estos queridos amigos han estado a mi lado desde que me embarqué en esta aventura y hasta el último día:

Jacob Kier, David Snell, Arthur Casas, Jim Donovan, Gary Goldstein, Lisa Morton, David Wellington, Brian Keene, Kevin Luzius, Amy Grech, Bruce Boston, Marge Simon, Mitchel Whitington, Michelle McCrary, Tobey Crockett, Mark Onspaugh, Mark Kolodziejski, Michael McCarty, Lee Thomas, Charlie Delgado, Michael Starnes, Adam Zeldes, Donald Strader, Gabrielle Faust, Shawn y Grady Hartman, Joe y Jennifer McKinney, Alexander Devora, Tiffany y Clay McKinney, Thomas McAuley, Becki Ugolini, Caren Creech, Joel Sutherland, Harry Shannon, Kim Paffenroth, Matt Staggs, Angie Hawkes, Chris Fulbright, Greg Lamberson, Corey Mitchell, Michelle McKee, Ray Castillo, A. Lee Martinez, John Picacio, Sanford Allen, Matt Louis, Norman Rubenstein, Richard Dean Starr, Michelle Mondo, David Pruitt, Steven Wedel, John Joseph Adams, Nate Kenyon, Bev Vincent, Brian Freeman, Louise Bohmer, Weston Ochse, Judy Comeau, Graeme Flory, Fran Fiel, y Gene O'Neill.

Y, como siempre, a mi adorada esposa, Kristina, y a mis hijas, Elena y Brenna, que hacen que esta vida merezca la pena ser vivida.

Apocalips de los muertos_limpiar 7 23/09/11 12:22

CAPÍTULO 1

A sus pies, entre la ruinas, había bajado la marea. Las aguas de la bahía de Galveston se habían retirado, dejando los escombros de las refinerías y el camping para caravanas del sur de Houston hundidos hasta la cintura en líquido negro. Volando a ochocientos pies de altura sobre toda aquella destrucción en un Schweizer 300 y con el golpeteo de los rotores del helicóptero atronando sus oídos, Michael Barnes escrutaba entre los inundados cascotes buscando algún rastro de movimiento. El Schweizer era poco más que un par de tumbonas atadas a un motor, pero la amplia burbuja de su cabina de mando ofrecía una visión sin obstáculos de lo que en tiempos había sido una nutrida colección de buques cisterna, muelles, refinerías, y pantanos tributarios; la zona más prolífica de América en cuanto a la industria del petróleo y el gas domésticos, antes de que el huracán Mardell arrancara a tiras la piel de la ciudad. Ahora, la porción de mundo que flotaba bajo el aparato de Michael Barnes se veía reducida a poco más que una vieja y destartalada chatarrería.

Mientras se deslizaba sobre la ciudad anegada, Barnes recordaba cómo había quedado la zona después de la tormenta; todos aquellos cuerpos flotando por las calles, tumefactos y tostándose al sol. Ante sus ojos volvían a aparecer los fuegos químicos de las refinerías del sur de Houston y casi veía de nuevo cómo el cielo se tornaba de un color rojo furioso, como había ocurrido aquella vez. Una capa de inmundicia química verde e iridiscente cubría entonces las aguas de la riada, haciendo que resplandeciesen como si estuvieran vivas. Aquella mezcla de carne en putrefacción y productos químicos solía producir tal hedor que incluso ahora tenía el poder de hacer que la bilis le llegase a la garganta al evocarlo.

Apocalips de los muertos_limpiar 9 23/09/11 12:22

Lo que él no sabía, lo que en realidad nadie sabía aún en aquel momento, era la terrible alquimia que se estaba gestando bajo esas aguas donde un nuevo virus tomaba forma, un virus capaz de transmutar a los hombres en algo casi exánime, a caballo entre la vida y la muerte.

Antes de la tormenta, Barnes había sido piloto de helicóptero para el Departamento de Policía de Houston. En aquella época y a causa de los embates de la meteorología, le habían reasignado temporalmente al este de la ciudad, a la zona más cercana al parque de Galena, donde las inundaciones estacionales tradicionalmente solían golpear con más fuerza. La mañana después del huracán se había subido a una pequeña barca de pesca con cuatro oficiales más para comenzar la búsqueda de supervivientes.

A cualquier parte que mirara veía que la gente se movía y actuaba como si de pronto les hubiesen transportado a la luna. Sus ropas estaban hechas jirones, sus rostros demudados por el cansancio y la confusión. Barnes y sus hombres no fueron capaces de reconocer a los primeros zombis que se encontraron por las calles, porque en realidad tenían el mismo aspecto que todos los demás supervivientes. Allí todos se movían como borrachos, vadeaban las aguas repletas de basura y se acercaban a trompicones a las lanchas de rescate con las manos extendidas, como si rogasen que les subiesen a bordo.

Luego, la urbe se convirtió en un matadero. Policías, bomberos, la Guardia Nacional y los voluntarios de la Cruz Roja llegaron con intención de salvar vidas, pero terminaron convertidos en monstruos que extendían la infección a lo largo y ancho de la ciudad. Barnes se podía considerar afortunado por haber escapado de aquel caos. Cuando los militares aislaron la costa del Golfo dejaron a cientos de miles de personas sanas atrapadas dentro de los muros con los enfermos. Él, en cambio, había logrado salvar la vida y la libertad, mientras casi dos millones de personas no lo habían conseguido.

Además, con el resto de América cayendo en picado en una imparable crisis económica tras la quiebra de sus industrias del petróleo, del gas y de los productos químicos, se podía dar con un canto en los dientes por haber obtenido un trabajo en la recientemente formada Patrulla de Cuarentena, una sección del Depar-

Apocalips de los muertos_limpiar 10 23/09/11 12:22

tamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos a la que habían asignado la protección del muro que separaba a los infectados del resto del mundo.

Sin embargo, todo aquello había ocurrido hacía ya dos años. Le parecía que era otra vida.

Hoy su trabajo consistía en efectuar un vuelo rutinario con la Guardia Costera. Temprano por la mañana, un avión de vigilancia había detectado un pequeño grupo de supervivientes, a los que los políticos de Washington habían dado en llamar víctimas civiles no incorporadas y los pilotos de la Patrulla de Cuarentena simplemente "vecinos", afanándose en liberar un barco camaronero enredado en una maraña de cables, redes y profusa vegetación. La mayor parte de las embarcaciones que habían quedado en el canal navegable del Houston estaban medio hundidas y destrozadas; y las que no, también carecían de toda esperanza, ya que se encontraban atascadas obstinadamente entre la mugre y la basura. No existía posibilidad alguna de que un puñado de vecinos consiguiera liberar una nave de aquella espesura e hicieran carrera de ella. Además, aunque pudieran, jamás conseguirían superar el bloqueo de los guardacostas que les esperaban apostados en aguas poco profundas. Los acribillarían a tiros y llevarían a tierra antes de que fuesen capaces siquiera de perder de vista la costa. La misión de la Patrulla de Cuarentena era asegurarse de que nadie escapase de la zona, y por eso habían recibido órdenes estrictas, como tantas veces antes, de movilizar y neutralizar cualquier objetivo que lo intentase.

Ahora, acompañado de otros tres pilotos de su equipo, Barnes volaba lentamente hacia el sur sobre el canal navegable del río. Una vez allí, se encontrarían con los chicos del Escuadrón Táctico de Helicópteros de Intercepción de la Guardia Costera, conocidos como los HITRON, y actuarían como observadores de artillería mientras los otros se ocupaban de cualquier superviviente que tratase de escapar al Golfo de México.

—Dios mío, ¿pero tú los ves? —preguntó Ernie Faulks, uno de los pilotos de la Patrulla de Cuarentena, situado a la derecha de Barnes.

Años antes, Faulks se había ganado la vida realizando traslados por aire entre tierra firme y las plataformas petrolíferas

Apocalips de los muertos_limpiar 11 23/09/11 12:22

situadas mar adentro. Era un paleto incorregible, pero funcionaba bien bajo presión, especialmente cuando tocaba volar con mal tiempo.

Barnes levantó la vista de las ruinas que tenía bajo sus pies y vio una hilera de siete helicópteros de la Guardia Costera, naranjas y blancos, que se aproximaban a su posición. Incluso a aquella distancia era capaz de distinguir las siluetas de los Jayhawks HH-60 y los Dolphins HH-65.

—¿Sabes lo que son esos nenes? —Inquirió Paul Hartle, un antiguo piloto del Departamento de Policía de Houston, y el flanco preferido de Barnes—. Ni más ni menos que los carros de los dioses, amigo mío. Nunca se ha construido otro helicóptero que esté a la altura de esos juguetitos.

—Me encantaría volar en uno de esos cacharros —confesó Faulks—. Me juego algo a que son más ligeros que tu hermana, Hartle. Y mucho más bonitos.

—Que te jodan, Faulks.

Ernie le tiró un puñado de besos.

—Muy bien, chicos, vale ya de cháchara —les recriminó Barnes.

Técnicamente, se suponía que tenía que echar una buena reprimenda a los chicos cuando usaban ese tipo de lenguaje por la radio, pero lo dejó pasar. Unas cuantas bromas amistosas siempre resultaban positivas para la moral del equipo. Además, como pilotos, Barnes y los otros eran considerados los elementos punteros de la Patrulla de Cuarentena. Se les aplicaban estándares diferentes, tenían privilegios especiales y eran admirados por sus inferiores. En su trabajo, tenían que dar más de sí, correr riesgos mayores. Por eso era por lo que a todos ellos les encantaba volar, por lo que siempre permanecían al pie del cañón.

Pero como en todas las profesiones, también entre ellos existía una jerarquía, y mientras que Barnes y sus compañeros de la sección aérea de la Patrulla estaban bien agarrados a los peldaños superiores de la escala del poder, aún por encima de ellos se encontraban los chicos del Escuadrón HITRON de la Guardia Costera. Originalmente creado para detener a los narcotraficantes que intentaban escapar en sus lanchas por la costa de Florida, el Escuadrón cumplía ahora la doble misión de patrullar también la zona

Apocalips de los muertos_limpiar 12 23/09/11 12:22

litoral del área de cuarentena. Llevaban los mejores helicópteros del ejército, y su artillería estaba lo suficientemente pertrechada como para reducir cualquier objetivo que hubiese sobre el agua a poco más que un montón de astillas y carnada. Los pilotos de la Patrulla de Cuarentena los veneraban también, querían ser como aquellos tipos cuando fueran mayores. De hecho, habían sido ellos mismos quienes habían empezado a llamarles con el sobrenombre de Escuadrón H.

—Papá Oso llamando a Cuarto Cuatro-Uno.

Cuarto Cuatro-Uno eran las siglas que utilizaban por la emisora para referirse a Barnes. Papá Oso era el Capitán Frank Hays, que volaba en círculos sobre sus cabezas a bordo del P-3 Orión.

—Cuarto Cuatro-Uno, adelante, señor.

—Quiero darle la bienvenida a usted y sus hombres al espectáculo, oficial Barnes. Ahora, todos los efectivos dispónganse para Susie, Susie, Susie.

—Mamá Oso Seis-Uno, dispuesto para Susie.

Barnes se quedó observando la hilera de helicópteros naranjas y blancos hasta que distinguió uno en el extremo derecho que bajaba los rotores hacia un lado. Aquel era Mamá Oso, el Teniente Comandante Wayne Evans, oficial superior del Escuadrón y mariscal de campo de aquella misión. Una vez iniciado el vuelo de reconocimiento, él sería quien comunicase a cada uno de los aparatos con el P-3 Orión de Papá Oso. Barnes ya había trabajado con Evans antes y sabía que aquel hombre tenía un talento especial para mantener los nervios templados y el tono de voz impasible cuando las cosas se ponían complicadas.

—Aquí Echo Cuatro-Tres, dispuesto para Susie.

—Delta Uno-Seis, dispuesto para Susie.

—Aquí Bravo Dos-Cinco, dispuesto para Susie.

La retahíla continuó hasta que todos los helicópteros de la Guardia Costera hubieron respondido, cada uno con sus siglas de reconocimiento y la palabra en clave «Susie», que era la señal para que comenzase el barrido.

Cuando terminaron, Mamá Oso dijo:

—Cuarto Cuatro-Uno, usted y sus hombres desciendan hasta trescientos pies y examinen los cuadrantes situados al norte de aquí. Avisen si detectan vecinos.

Apocalips de los muertos_limpiar 13 23/09/11 12:22

—Sí, señor —respondió Barnes.

Dio a su equipo la instrucción de que perdiesen altitud y se dispersasen por el área. Habían hecho aquello mismo muchas veces antes, y todos conocían bien la rutina, como también sabían que la orden de avisar si avistaban vecinos resultaba inútil. Los chicos de la HITRON contaban con los mejores sistemas de detección por calor existentes, sus cámaras localizarían cualquier cuerpo que hubiera allí mucho antes que Barnes o sus pilotos. Lo que se esperaba de ellos, en realidad, era que determinasen si los objetivos eran zombis o vecinos. El Escuadrón solo entraría en acción si encontraban personas vivas.

Sin embargo, distinguirlos bajo las circunstancias en las que se encontraban no resultaría sencillo. Apenas les quedaban treinta minutos de luz diaria efectiva, y las sombras que se extendían ya sobre la ruinas conferían a todo, y más desde los trescientos pies a los que estaban, un tinte gris monocromático.

Barnes reconoció las siluetas fantasmales de Sheldon Road bajo el agua. La calle aparecía salpicada en toda su extensión de camiones cisterna y furgonetas que, hasta con marea baja, se encontraban a sus buenos dos metros bajo la superficie. Miró al este, hacia donde se situaba una larga hilera de almacenes con tejados de metal, que relucían con el brillo rojo y bronce del atardecer. Había sobrevolado aquella zona miles de veces y sabía perfectamente que a esas horas las aguas allí apenas alcanzaban una profundidad de un metro por la parte posterior de los edificios. Si iban a encontrar vecinos, estaba seguro de que sería precisamente en aquel lugar.

Momentos después, sus instintos probaron estar en lo cierto. Unos cuantos botes, algunas grúas e incluso varios buques cisterna aún más grandes fueron arrastrados por la corriente a lo largo del desbordado pantano que había sido en tiempos una parcela destinada a aparcar caravanas. Por entre los escombros y las marañas de hierbas de la ciénaga distinguió un gran número de personas que se abrían paso hacia tres barcos camaroneros de tamaño medio que les esperaban junto a la orilla. Uno de ellos tenía incluso el motor en marcha. Barnes hasta pudo divisar nubes de humo negro que se elevaban desde debajo de la línea de flotación enturbiando el agua.

Apocalips de los muertos_limpiar 14 23/09/11 12:22

Varias caras se giraron hacia él al detectar el movimiento de su helicóptero en el cielo. Al piloto le pareció ser capaz de percibir la desesperación en sus expresiones, y apartó de ellos la mirada. Odiaba hacer aquello, pero era necesario.

—Cuarto Cuatro-Uno, tengo vecinos al este de los almacenes.

Se produjo una pausa hasta que Mamá Oso respondió.

—Cuarto Cuatro-Uno, recibido. ¿Está seguro de que se trata de vecinos?

Barnes pudo oír la indignación en la voz del hombre. A pesar de que se encontraban todos en el mismo equipo, los chicos del Escuadrón H sabían que ellos eran las estrellas de aquella misión. Estaba seguro de que el oficial en aquel mismo momento estaba maldiciendo para sus adentros porque un simple piloto de la Patrulla de Cuarentena en un Schweizer POS hubiese detectado a los objetivos antes que ellos.

Barnes disfrutó al responder:

—Claro que estoy seguro, Mamá Oso. Calculo que habrá entre cuarenta y sesenta vecinos. Y parece que se han hecho además con tres barcos.

Se produjo otra pausa. *Debe haber pasado al canal privado para hablar con Papá Oso,* pensó Barnes.

Finalmente Mamá Oso respondió:

—Recibido, Cuarto Cuatro-Uno. Adelante con Gema.

Otra vez, pensó Barnes.

—Eh… Cuarto Cuatro-Uno, no le copio. ¿Ha dicho adelante con Gema?

—Afirmativo.

—Mamá Oso, ¿ha recibido que cuentan con tres barcos camaroneros sobre el agua?

—Afirmativo Cuarto Cuatro-Uno, hemos recibido lo de los tres barcos. Echo Cuatro-Tres y Delta Uno-Seis le seguirán en caso de que necesite ayuda. Ahora, adelante con Gema.

"Gema" era la estrategia más comúnmente empleada por el personal de la Patrulla de Cuarentena cuando detectaban vecinos intentando traspasar el muro. El nombre provenía de los gemidos de zombi que hacían sonar amplificados por sus sistemas de altavoces en esas ocasiones. Los quejidos alcanzaban tremendas distancias, atrayendo a cualquier infectado que estuviese por la

Apocalips de los muertos_limpiar 15 23/09/11 12:22

zona. Normalmente, oír aquel sonido era suficiente para hacer que los vecinos corrieran a esconderse.

Pero lo que tenemos aquí no es un puñado de tipos que les tiran piedras a las tropas apostadas sobre el muro, pensó Barnes. *Esa gente representa una amenaza real. Tienen barcos en el agua, por el amor de Dios. Estáis subestimando la situación.*

Barnes alargó la mano hacia el panel de control situado frente al asiento del pasajero de su helicóptero hasta tocar el botón de encendido del sistema de altavoces. Al instante, el aire se llenó de un lamento grave y amargo, que el hombre sentía resonar en su pecho y su abdomen.

Odiaba escuchar aquel sonido. Cerró los ojos muy fuerte y trató de bloquear las imágenes que le venían a la cabeza. En su mente, montones de cadáveres engalanaban las ramas de los nogales pacanos, la gente gritaba desde áticos inundados, y su hermano Jack era arrastrado bajo el agua por un auténtico nido de zombis en el que habían caído cuando apenas estaban a un par de millas de salvarse. Pero todo era inútil. En ocasiones, esas imágenes tenían demasiada fuerza, eran demasiado vívidas, tanto que cuando abría los ojos, las lágrimas cubrían su rostro.

Barnes ni siquiera llegó a oír los primeros disparos. Escuchó el sonido de un fuerte aporreo, como una roca que cae al agua junto a su oído, y cuando miró por encima del hombro, se dio cuenta de que tenía un agujero de bala en el fuselaje.

Me ha pasado a centímetros de la cabeza, advirtió.

Sintió otro golpe bajo sus pies. Miró hacia allí, y distinguió lo que parecía ser un suave haz de láser entre sus espinillas. La bala había perforado la sección inferior del revestimiento del aparato y había entrado hasta incrustarse en los soportes situados bajo su asiento. La luz del día se colaba por el boquete.

—Cuarto Cuatro-Uno, tenemos a un tirador en tierra.

Barnes reconoció el pánico en su propia voz, pero no fue capaz de luchar contra él.

—Tranquilícese —respondió Mamá Oso.

De abajo llegaron más disparos. Barnes pudo ver al hombre que los realizaba, las ráfagas de luz naranja blanquecina estallaban desde la boca de lo que parecía ser un AK-47.

—Me han alcanzado —comunicó Barnes.

Apocalips de los muertos_limpiar 16 23/09/11 12:22

Instintivamente, tiró hacia atrás de la palanca y trató de remontar el vuelo. No pudo ver el Jayhawk de la Guardia Costera que se había colocado en posición por encima de él un poco más atrás, pero sí oyó los coléricos gritos del otro piloto mientras hacía virar su nave a un lado, evitando por muy poco la colisión.

—Por amor de Dios, tenga cuidado, Cuarto Uno-Cuatro —protestó el hombre.

La nuez de Barnes saltaba arriba y abajo en su garganta mientras intentaba recobrar el control de sí mismo. Echó un vistazo al espacio aéreo que le rodeaba y examinó rápidamente el panel de instrumentos. Todo parecía mantenerse estable.

Por el rabillo del ojo, vio el helicóptero de la Guardia Costera rotar a posición sobre los vecinos que había abajo. Distinguió que ya eran varios los que disparaban, mientras que más allá había gente que saltaba al agua y trataba de subir a bordo de los barcos camaroneros.

—Interrumpa Gema, Cuarto Uno-Cuatro —gritó uno de los pilotos del Escuadrón H.

—Recibido —respondió Barnes.

Se echó hacia delante y apagó el sistema de altavoces. Mientras lo hacía, un movimiento captó su atención. Un hombre se estaba arrodillando entre las sombras de los restos de un barco de pesca y la roñosa cabina de pilotaje de un remolcador. Cargaba sobre su hombro un largo y famélico tubo de metal, y parecía estar apuntándolo al helicóptero que se encontraba a la derecha de su Schweizer.

Reconoció inmediatamente que se trataba de un RPG y pensó, *¿de dónde demonios habrán sacado los vecinos un lanzagranadas de esos? No es posible, ¿o sí?*

Se echó hacia delante y apagó los altavoces. Miró a su derecha y vio que el Jayhawk había rotado apartándose de los tiradores, para que los artilleros apuntasen a los objetivos con sus ametralladoras del calibre 7.62 mm.

—Ese tipo tiene un RPG —se oyó decir a sí mismo—. Cuidado, Delta Uno-Seis. Ese tipo tiene un RPG. Abandone la zona. Repito, abandone la zona.

—¿Dónde? —Preguntó el otro piloto—. ¿Dónde? ¿Junto a qué se encuentra?

Apocalips de los muertos_limpiar 17 23/09/11 12:22

—Justo ahí —gritó inútilmente Barnes.

Señalaba al hombre, incapaz de encontrar las palabras que describiesen su posición en medio de aquellos escombros. Todo tenía el mismo aspecto allí abajo.

—¿Dónde, maldita sea?

Pero para entonces el vecino ya había disparado. Barnes observó con horror cómo el cohete se acercaba sigilosamente desde el suelo y golpeaba la parte posterior del Jayhawk justo por delante del rotor trasero. El helicóptero se sacudió, como un hombre que carga con un paquete pesado que de pronto se le desequilibra, e inmediatamente comenzó a vomitar un humo negro y denso.

—Delta Uno-Seis, me han alcanzado.

—Ese hijo de puta tiene un RPG —gritó el otro piloto del Escuadrón H.

Elevó su helicóptero y lo hizo girar en contra de las agujas del reloj para colocar su artillería en posición.

—Delta Uno-Seis, mi aparato no responde.

—Vamos, Coleman —dijo el piloto del otro Jayhawk—. Desconecta tus instrumentos de vuelo.

—Lo estoy perdiendo.

Delta Uno-Seis dio dos vueltas completas sobre sí mismo, perdiéndose totalmente en mitad de una nube de humo negra, mientras vagaba en dirección a un enorme buque de carga parcialmente volcado. Ante los ojos de Barnes el helicóptero golpeó la parte superior de la superestructura y siguió volando descontroladamente hacia el suelo, cayendo en picado. Uno de los artilleros se agarraba a la ametralladora con una mano, mientras el resto de su cuerpo colgaba fuera de la nave como una manga de viento en un vendaval. El piloto trataba de equilibrar el aparato antes de estrellarse, pero lo único que consiguió fue partirle la cola con el impacto.

Segundos después, una fina columna de humo negro se elevó desde los restos del helicóptero.

Inmediatamente, la radio pareció explotar de actividad.

—Ha caído, Echo Cuatro-Tres. Delta Uno-Seis ha caído.

—Acudan en su ayuda. Detecto movimiento.

Era cierto. Barnes vio al piloto salir a trompicones de la cabina de mando, con humo escapando de su casco blanco. El hombre se

Apocalips de los muertos_limpiar 18 23/09/11 12:22

lo quitó de un golpe y cayó al agua. Cuando consiguió salir a la superficie llevaba una pistola en la mano.

—Oh, mierda, Echo Cuatro-Tres, tenemos problemas. Detecto infectados aproximándose al área.

—¿En qué dirección? —preguntó Mamá Oso.

—Hacia las diez. Tengo contacto visual de trece de ellos.

—Ah, Mamá Oso —se lamentó Faulks—. Es mucho peor que eso. Tengo visual de cuarenta o cincuenta más hacia las dos en punto.

—¿Quiere que baje y extraiga a su hombre? —se ofreció Barnes.

—Negativo, Cuarto Cuatro-Uno —respondió Mamá Oso—. Echo Tres-Cuatro, deme su posición.

—Un segundo —pidió el piloto—. Estamos a punto de librarnos de ese RPG.

Instantes después, un incesante flujo de balas salió disparado del helicóptero, golpeando el montoncito de desperdicios que había bajo la cubierta de mando del remolcador.

El tiroteo continuó hasta que la estructura cedió del todo.

—Echo Tres-Cuatro, RPG neutralizado.

—Vuestro chico está bien jodido —exclamó Faulks.

Barnes viró para poder ver al piloto abatido. El hombre permanecía de pie en medio de un círculo de zombis. Por el modo en el que se sujetaba, resultaba obvio que se había roto una pierna, pero aun así luchaba valientemente, disparando con sumo cuidado cada tiro, sin desperdiciar uno solo.

—¿Cuándo pensáis bajar y ayudarle? —bramó Faulks.

—Recibido, Echo Tres-Cuatro.

El otro Jayhawk y los tres Dolphins se colocaron en posición, pero Barnes se dio cuenta, incluso antes de que los chicos del Escuadrón H comenzaran a disparar, de que para cuando llegaran ya sería demasiado tarde para el hombre que les esperaba en tierra. Uno de los zombis tiró de él hasta meterle bajo una chapa de hojalata ondulada, y un segundo después el agua que se había tragado al piloto se convirtió en sangre.

—Echo Tres-Cuatro a Mamá Oso, Delta Uno-Seis comprometido.

Se produjo una pausa.

—Recibido, Echo Tres-Cuatro. Informe de estado.

Instintivamente, Barnes hizo un barrido sobre el área, necesitaba asimilar lo que acababa de suceder. Vio el helicóptero humeante,

Apocalips de los muertos_limpiar 19 23/09/11 12:22

los zombis avanzando a través de la interminable llanura llena de restos náuticos, los vecinos tratando torpemente de escapar de los zombis, saltando al canal y nadando hasta las balsas. Uno de los barcos ya se había alejado su buen cuarto de milla de la costa.

Echo Tres-Cuatro completó su informe de estado. Se produjo otra pausa mientras Mamá Oso consultaba con Papá Oso, y después daba una orden que a Barnes le revolvió el estómago.

—Elimínenlos —comandó Mamá Oso—. Inutilicen todos esos botes y neutralicen los objetivos que están en el agua.

Un segundo después, el aire se llenó de ráfagas de artillería.

Barnes contempló cómo las ametralladoras reducían a la mínima expresión a toda aquella gente, a los zombis y los botes, y sintió que algo dentro de él moría, que se volvía indolente ante tanta destrucción.

Tres millas al este, sobre un pequeño barco camaronero que traqueteaba silenciosamente alejándose de la oscurecida costa, Robert Connelly oyó el sonido de las armas y vio las columnas de humo elevarse hacia el negro cielo.

—¿Estás bien, Bobby? —le preguntó a su hijo.

El chico asintió con la cabeza casi pegada al hombro y su padre le abrazó.

Robert se dio la vuelta y miró las caras de los cuarenta refugiados que habían abordado aquel bote con él. Algunos tosían. La mitad estaban enfermos de una cosa u otra. Sus caras se veían grises y demacradas, sus ojos apagados languidecían en mitad de la noche. Todos estaban demasiado cansados como para comprender la suerte que habían tenido, lo sabía. Los demás habían insistido en dirigirse a los muelles principales situados justo por encima del parque estatal de San Jacinto, convencidos de que allí habría más lugares para esconderse. Pero Robert y su gente se habían negado a continuar por aquella ruta. Habían decidido jugársela ellos solos, y vadear la bahía de Scott. Ahora, mientras escuchaba las explosiones y el tiroteo, le daba la impresión de que, desde luego, arriesgarse había merecido la pena.

Oyó cómo el agua chapoteaba contra el casco del barco, la vibración zumbante y continua del motor. Sintió el viento azotándole la cara.

Apocalips de los muertos_limpiar 20 23/09/11 12:22

Apreció cómo toda la ansiedad, la frustración y los dos años de vivir como un animal entre las ruinas de Houston le iban abandonando poco a poco. Respiró profundo, y aunque le dolía el pecho, disfrutó al llenar sus pulmones de aquel aire que no sabía a muerte, a sudor rancio y a productos químicos.

Volvió a agarrar muy fuerte al muchacho.

—Creo que vamos a conseguirlo —le anunció.

Apocalips de los muertos_limpiar 21 23/09/11 12:22

CAPÍTULO 2

—¿Bobby?

Se escuchó un golpe fuerte y sordo contra la puerta.

—Bobby, deja que te vea. ¿Bobby?

Robert Connelly se asomó por una ventana sucia y macilenta, intentando distinguir a su hijo al otro lado. Logró vislumbrar unos cuantos infectados tambaleándose en la oscuridad, tratando de mantener el equilibrio mientras el barco cabeceaba sobre las oscuras olas de aquella marejada.

Una mano atravesó el cristal y Robert procuró situarse fuera de su alcance. El zombi pretendía localizarle a tientas dentro de la habitación, sin importarle cortarse contra el vidrio que se había quedado adherido al marco. En tiempos, la visión del brazo de un infectado destrozando su carne en jirones de semejante modo le habría hecho vomitar, toda aquella sangre hubiera provocado que se marease. Ahora en cambio, representaba poco más que otro obstáculo a evitar.

Se acercó tanto como se atrevía al vano que había quedado abierto.

—Bobby, ¿estás ahí? ¿Bobby?

A veces los infectados eran capaces de recordar sus nombres y respondían a ellos. Ya los había visto hacerlo en otras ocasiones.

Esperó.

El sonido ahogado de un nuevo embate contra la puerta le sacó de su ensimismamiento, e inmediatamente se percató de que esta vez sí habían logrado hacer mella en la madera.

—¿Bobby?

Los oyó gemir, y al motor esforzarse para mantener la velocidad a tres cuartos de la máxima. Las olas chocaban contra el casco.

Se dirigió a los controles y miró en la distancia, por encima del agua. A muchos kilómetros aún, el brillo de unas luces se acercaba

Apocalips de los muertos_limpiar 23 23/09/11 12:22

lentamente hacia ellos desde el horizonte, a veces visible, a veces no, dependiendo de la inclinación que tomase la proa de la embarcación sobre el oleaje. Pensó que seguramente se tratase de Florida. Ya casi lo habían conseguido.

La idea lo trasladó dos años atrás en el tiempo, a aquellos días sin ley que sucedieron al huracán Mardell. Le parecía estar reviviendo las revueltas en las calles, presenciando otra vez la aterrada confusión de los casi cuatro millones de personas que se abrían paso con dificultad entre el caos para intentar salvarse, contemplando los cadáveres hinchados que flotaban sobre las calles inundadas mientras se descomponían. Había hambre por todas partes, y apenas disponían de servicios sanitarios ni médicos.

Durante las horas posteriores al desastre, los helicópteros de rescate se afanaron en recoger a todas las víctimas posibles, pero había tan pocos aparatos y tanta gente esperando ser evacuada que la tarea resultó casi del todo vana.

Fue entonces cuando los infectados se levantaron de sus inexistentes tumbas entre las ruinas.

Al principio, Robert creyó que se trataba de simples bandas de saqueadores hostiles que la emprendían contra las autoridades. Le resultaba imposible dar pábulo a los informes que les llegaban relatando cómo los afectados habían empezado a caer incluso en el canibalismo. Histeria paranoide, lo llamaba él. Sin embargo, poco tiempo más tarde le tocó presenciar cómo los zombis irrumpían en el gimnasio de la escuela primaria que él, Bobby y otras cien personas más habían tomado como refugio. Después de aquello, no le quedó más remedio que reconocer que estaban enfrentándose a algo más que a meros vándalos.

Inició entonces con el muchacho un desesperado viaje a pie de tres días en dirección norte, tras el cual alcanzaron los muros de cuarentena; pero los soldados y la policía que estaban allí apostados, tras las barricadas, les impidieron atravesarlos.

—Vamos a sobrevivir a esto —le aseguró a su hijo—. Te mantendré a salvo. Lo prometo.

Había pronunciado aquellas palabras mientras se encontraban ambos sentados sobre el tejado de una casa situada a menos de un kilómetro de las murallas, compartiendo una lata de judías verdes que habían rescatado de la despensa de una cocina. No

Apocalips de los muertos_limpiar 24 23/09/11 12:22

tenían cubiertos, al menos ninguno cuyo aspecto les inspirase la confianza suficiente como para llevárselo a la boca, así que se veían obligados a sacar la comida del envase con los dedos. En la distancia, había helicópteros de ataque volando a toda velocidad sobre la cerca. Ya era última hora de la tarde, estaba a punto de anochecer, y podían percibir el esporádico eco de las balas que danzaban a su alrededor.

—Es igual, papá.

Robert Connelly observó a su hijo. Los hombros del muchacho estaban echados hacia delante y los músculos de su cara fláccidos, como si fuese un globo al que le hubiesen sacado el aire de dentro.

—Bobby —le recriminó—, ¿por qué dices eso? Claro que no es igual.

Quedaban dos judías flotando en el fondo de la lata. Robert se las ofreció al crío.

Él negó con la cabeza.

—No merece la pena.

—Bobby, por favor. A mí no me da igual.

El chico señaló hacia el muro.

—Mira eso, papá. Mira esa pared. Fíjate en la cantidad de helicópteros que han traído, y en el número de soldados que la están guardando. ¿Te das cuenta de lo rápido que lo han organizado todo? No tienen ninguna intención de dejarnos escapar. Quieren que nos muramos aquí dentro.

Robert apenas sabía qué decir. El chaval solo tenía trece años, era demasiado joven para opinar que su vida carecía ya de sentido.

Sin embargo, era más que consciente de que en la barricada no había puertas de entrada ni de salida.

Deseó con todas sus fuerzas que no hubiesen reparado aún en su existencia, que simplemente les quedasen ocultas desde donde se encontraban ellos.

Pero tenía que asumir que no era así. No había escapatoria posible.

Durante dos años, Robert consiguió que ambos se mantuviesen con vida, peleando contra los infectados, durmiendo muy poco, robando cada migaja de comida que se llevaban a la boca. Toda aquella lucha había impreso en su espíritu una feroz capacidad de recuperación y la firme creencia de que su sola voluntad era

Apocalips de los muertos_limpiar 25 23/09/11 12:22

suficiente para evitar que se dejasen arrastrar por la narcótica y acogedora calidez del nihilismo.

Formó una pequeña banda de refugiados afines y se hizo con un barco más o menos aprovechable que recuperó de en medio del anegado lecho de desperdicios del canal navegable del Houston. Nadie en el grupo sabía manejarlo al principio, pero aun así lograron eludir la vigilancia de los helicópteros y esquivar el bloqueo de la Guardia Costera sin ser detectados. Por un glorioso momento aquella primera noche en que se hicieron a la mar, abrazado a su hijo, había creído que realmente lo conseguirían.

Ahora en cambio ya estaba claro que no sería así.

Uno de los cuarenta refugiados que habían sido recogidos a bordo del Sugar Jane estaba infectado, y aquella primera noche, estando ya muy lejos de la costa, se transformó.

Robert Connelly era el único que quedaba aún con vida. Le había hecho una promesa a su hijo y casi había sido capaz de mantenerla. Había peleado con ahínco para escapar de la criminal injusticia a la que su gobierno les había condenado al encerrarles en el interior de la zona de cuarentena, y casi lo había conseguido.

Pero "casi" es lo mismo que no decir nada, pensó, sonriendo levemente al recordar una de las expresiones favoritas de su padre. Ahora el Sugar Jane era una bomba biológica que se dirigía hacia alguna playa que les esperaba confiada.

¿Pero qué sentido tenía preocuparse de aquello? Ya no importaba.

No, sin el chico ya no importaba.

Al menos no a Robert Connelly.

Se produjo otro golpe sordo contra la puerta y esta reventó hecha astillas. Un fragmento de contrachapado se deslizó por la cubierta, yendo a parar justo frente a sus pies. Los dedos ensangrentados que habían abierto el agujero en la madera comenzaron a despedazarla diligentemente. Una cara apareció a través del boquete cada vez más grande, con las mejillas y los labios reducidos a poco más que una papilla purulenta, y los dientes pequeños y oscuros, rotos y empapados en sangre. Su gemido se convirtió en un gruñido fiero y tartamudo.

Aquel podía perfectamente ser Bobby; era difícil de decir. Aunque, una vez más, ya no importaba.

Apocalips de los muertos_limpiar 26 23/09/11 12:22

Robert miró los controles. El barco llegaría a tierra sin necesidad de ser tripulado. Parecían tener suficiente combustible como para completar el viaje. Ya no quedaba nada más que hacer allí. Se mantuvo todo lo firme que la tambaleante cubierta del barco le permitía, y se preparó para enfrentarse a lo que le esperaba.

Había un martillo en la silla que tenía al lado.

Lo cogió en la mano y calculó su peso.

Serviría.

La puerta se abrió de golpe.

Bobby y otros dos estaban allí de pie. La mano derecha del chico prácticamente había desaparecido, al igual que sus orejas, y su nariz, y también su mejilla.

—Oh, Jesús, Bobby —se lamentó su padre, haciendo muecas de disgusto ante el terrible aspecto que mostraba.

Se le acercaron dando traspiés.

Robert pasó junto al chaval sin apenas mirarle y le asestó un golpe al otro zombi que iba en cabeza, haciéndole caer de un empellón en la sien.

El tercero se le acercó más rápido de lo que había supuesto, y tuvo que darle una patada en el estómago para marcar distancias. Levantó el martillo y corrió a estamparlo contra la frente del engendro. En ese momento, Bobby le agarró por el hombro y le propinó un mordisco que le hizo tronar de dolor.

Lanzó al chico contra la cubierta y se encaró de nuevo contra el segundo infectado. El extremo en punta del martillo se clavó en lo alto de la coronilla del monstruo, que cayó al suelo.

Volvía a tener a Bobby encima.

Cogió al muchacho, le dio la vuelta y lo abrazó por detrás, decidido a no dejarle escapar. Un grupo de infectados obstaculizaba la puerta. Robert sabía bien que apenas le quedaban fuerzas para seguir luchando unos minutos más. Se lanzó contra ellos y de algún modo consiguió quitárselos de en medio. Montones de manos y brazos se arremolinaban frente a su cara, pero no se molestó en intentar siquiera escapar a sus dientes. Ya no tenía sentido. Lo único que importaba era llegar a lo más alto, sobre la cabina, donde estaban los aparejos.

Bobby pugnaba por soltarse, pero Robert consiguió pasar su brazo izquierdo por delante del pecho del chico hasta agarrarle

Apocalips de los muertos_limpiar 27 23/09/11 12:22

por el hombro contrario, bloqueando así sus dos extremidades superiores. Con un adulto no le hubiera resultado posible. Pero con un chaval, especialmente uno que había subsistido al borde de la inanición durante dos años, Robert consiguió arreglárselas bastante bien.

Los infectados le arañaban por todas partes. Le rasgaban las mejillas, los brazos y el cuello con sus uñas. Uno de ellos hasta llegó a arrancarle un mordisco de la pantorrilla. Pero ni aun así pudieron retenerle.

Para cuando consiguió llegar al lugar adecuado, respiraba ya con franca dificultad. Podía notar cómo sus músculos iban debilitándose. Sentía la infección recorrer su organismo como si alguien se empeñase en hacer que un cigarrillo encendido recorriese las venas de todo su cuerpo. Pero había logrado llegar a la zona de los aparejos, y una vez allí, sacó una pequeña tira de cuerda del bolsillo trasero de sus pantalones y la enroscó alrededor de la mano izquierda de Bobby, para después hacer lo mismo alrededor de la suya propia.

—Está bien —le susurró al chaval al oído—. No te preocupes. Ya estamos juntos y eso es lo único que importa.

En la distancia, podía distinguir las luces que parpadeaban marcando la línea de la costa de Florida. Había fuegos artificiales que iluminaban con su color el horizonte. Era 4 de julio.

—Es bonito, ¿verdad?

El zombi de su hijo luchaba contra él. Ya no faltaba mucho. Se sentía muy débil, muy soñoliento. En breve, todo habría dejado de importarle.

Ahora estaban juntos; y eso era suficiente.

Es lo que cuenta, se dijo. *Te quiero, Bobby.*

Apocalips de los muertos_limpiar 28 23/09/11 12:22